

usurpada la Peña de Baltares. El rey Lisuarte de la Gran Bretaña, volvía á su reino por este tiempo desde Dinamarca, trayendo consigo á Brisena, su esposa, y á Oriana, su hija: llegado á la corte de Languines, deja en ella á la infanta, cuya sin par hermosura y discrecion vencen el corazon de Amadís, que no solamente la sirve, como caballero, obedeciendo á la reina, sino que la idolatra cual amante, jurándole amor eterno. Para hacerse digno de su cariño, y ya armado caballero por su mismo padre, á ruegos de Oriana y de Mabilia, su prima, parte de la corte de Languines, en busca de aventuras, inaugurando sus prodigiosas hazañas con la destruccion del rey Abies, que oprimia á tuerto los dominios de Perion, su padre.

Trás estos preliminares, que descubren ya en parte los diferentes hilos de la trama novelesca del *Amadís*, empieza la historia de los dos hermanos que, empeñados acaso en lid singular, se reconocen como tales en el temple de sus aceros, recibiendo Galaor la orden de caballería de manos de Amadís, al terminar aquella terrible lucha. Protegidos ambos por la poderosa Urganda, la Desconocida, cuyo nombre ha inmortalizado la pluma de Cervantes; armados de espadas prodigiosas, siguen cada cual rumbo diverso, cobrando por todas partes envidiada nombradía. Grandes y temerosas aventuras de gigantes hasta aquel punto invencibles, de tiranos domados, de princesas y doncellas rescatadas del poder de pérfidos opresores; altas y nunca imaginadas empresas, á cuyo logro oponen todas sus artes malévolos encantadores, entre los cuales figura en primer término el vengativo Archalaus, imitacion palpable del Tablante de Ricamonte ¹; sorprendentes peripecias, que ya elevan hasta el sólio á los paladines, ya los sujetan á las terribles pruebas de la Ínsula Firme y de la Peña Pobre; batallas, desafíos, favores y desdenes, que ora levantan á los caballeros al colmo de la felicidad, ora los hunden en mortal tristeza y amargura... hé aquí los obstáculos que se oponen al logro pacifico de los amores de Amadís y de Oriana, y que llevándole, como á Galaor, Agrajes

¹ Véase lo dicho en la nota 1, pág. 85.

y Florestan, por las regiones de Francia, Inglaterra, Alemania, Grecia, Romania, Turquía y otras imaginarias, subliman su valor y su lealtad, haciéndole al cabo digno de la hija del rey Lisuarte. Con el casamiento del héroe principal y la destruccion de los encantamientos que habian acibarado hasta aquel instante su vida, termina, pues, la *Historia del esforzado é virtuoso caballero Amadís de Gaula*, tal como ha llegado á nuestros dias en el lenguaje de Castilla ¹.

Añadida y desfigurada por la solicitud de su editor, no pueden hoy señalarse con la seguridad conveniente todas y cada una de las alteraciones, que experimentó la redaccion primitiva, ni es posible asegurar tampoco hasta qué punto se valió el

¹ El cuarto libro del *Amadís* acaba con la rara aventura del rey Lisuarte en que viene este á poder del encantador Archalaus; nueva que llegada á oídos de los amigos y aliados de Amadís, los lleva en busca del héroe que reinaba pacíficamente en la Insula Firme, ofreciéndose todos á Oriana para rescatar á su padre.—Urganda la Desconocida, que habia predicho aquel suceso, se aparece á los príncipes y señores allí congregados, hace armar caballero por mano del gigante Balan al jóven Esplandian, á quien estaba reservada la aventura de dar libertad á su abuelo, y condúcele por vias sobrenaturales lejos de la indicada Insula Firme, dejando en ella á Amadís y los suyos y amonestándoles que esperen tranquilos el fin de aquella empresa. Se vé por tanto que el de los *Quatro libros del Amadís de Gaula* no es el término de su historia, quedando inauguradas las portentosas hazañas de *Esplandian*, cuya prosecucion promete el autor, refiriéndose á las aventuras de Leonorina, hija del emperador de Grecia, por estas palabras: *como adelante uos será contado*. Esta promesa cumplió García Ordoñez de Montalvo con la publicacion de las *Sergas de Esplandian*, anunciada ya desde el prólogo del *Amadís*; circunstancia que unida á la declaracion de que *corrigió y enmendó* los tres primeros libros *traduciendo* el cuarto, nos induce á creer, segun va insinuado en el texto, que fué aquella obra del mismo Montalvo. Cervantes, siguiendo la costumbre de los autores de semejantes libros, decia que el *Quijote* era *traducido* de manuscritos árabes.—Así se comprenden tambien las palabras de Pero Ferrús, quien al citar los tres libros que existian en su tiempo, desea á *Amadís santo poso* (Véase la nota oportuna): el libro tercero le deja en efecto (después de haber rescatado á Oriana del poder de los romanos, á quienes Lisuarte la entrega) camino de la Insula Firme, donde se propone esperar el término de aquella ruidosa aventura; por manera que nada está más lejos de Amadís en esta situacion que el *reposito*, á que Ferrús alude.

editor referido de la version portuguesa, que pareció tener presente al dar á luz los cuatro libros de que en la actualidad se compone ¹. La sencillez, el excesivo candor y la infantil credulidad que se revelan en la narracion de los maravillosos imposibles que en ella se acumulan; la ingenuidad nativa de las descripciones y el vigoroso y á veces apacible colorido que anima sus romancescas escenas, ya pinte las dulzuras y tormentos del amor, ya los gallardos lances y arriesgados empeños de la caballería; el sabor arcáico de los medios expositivos, de la dición y de la frase, especialmente en los tres primeros libros, harto diferentes en este punto del último, todo contribuye no obstante á persuadirnos de que no hubo de ser peregrina á García Ordoñez de Montalvo la antigua *Historia de Amadís*, conocida y con tanta frecuencia mencionada por los más notables poetas de la segunda mitad del siglo XIV. Sin duda es debida á esta circunstancia esa manera de consagracion que lleva tras sí tan renombrada leyenda, habida universalmente, como el primero y el mejor de todos los libros de caballerías: los orna-

¹ El pasaje, á que antes nos hemos referido y de que hablamos aquí, relativo á la aventura de la niña Briolanja, en que Amadís resiste sus caricias, está concebida en estos términos: «El señor Infante don Alonso de Portugal, ayiendó piedad desta hermosa donçella, de otra guisa lo mandó poner: en esto hizo todo lo que su merced fué servido, mas no aquello que en efecto de sus amores se escrevia. De otra guisa se cuentan estos amores que con mas razón á ello dar fe se deve etc.» (lib. II, cap. XL).—Y luego se añade en el XLIII: «Todo lo que más desto en el libro primero se dice de los amores de Amadís et desta hermosa reyna, fué acrecentado (como ya se os dixo), y por como supérfluo y vano se dexara de recontar, pues que no hace al caso: antes esto no verdadero contradiria y dañaria lo que con más razón aquesta grande historia adelante os contará.» Es pues evidente que Montalvo, conoció una redaccion en que habia intervenido don Alfonso de Portugal, acaso la atribuida á Lobeira; pero tambien lo parece que hubo de tener noticia de otra, donde se conservaba más fielmente el carácter caballeresco de Amadís, que reconocia por base capital la fidelidad de sus amores respecto de Oriana; pues sólo con este conocimiento podia rechazar como contradictorio, supérfluo y vano, el episodio de los amores de la niña Briolanja, ingerido en la version portuguesa. Nótese además cuanto observamos en el texto respecto de este punto.

tos del siglo XVI no oscurecen ni desnaturalizan del todo las peregrinas facciones del héroe creado por la imaginacion de la edad-media, ni el atildamiento exterior que recibe entonces el habla castellana, llegada á su mayor altura, es bastante á borrar del *Amadís* el sello de otros tiempos, lo cual le ha ganado la estimacion de los doctos, considerándole como uno de los más respetables monumentos en la historia de nuestra lengua ¹.

Pero el mayor precio de la de *Amadís de Gaula* consiste, segun habrán juzgado ya los lectores, en su relacion con los demás libros caballerescos del siglo XIV y en el instante en que aparece. Hija de aquella noble aspiracion que en todas las civilizaciones conduce al arte desde la simple imitacion á una transicion espontánea y de esta á un estado de propiedad y de natural engrandecimiento, hace patente á las miradas de la critica que no sólo se habia obrado la transformacion del arte en el sentido que mostramos en el capítulo precedente, sino que prosiguiendo por la misma via, aspiró éste muy luego á tener vida y representacion, logrando la única originalidad que le consentia el círculo en que se desarrollaba. La *poesía*, guia y maestra en toda suerte de progreso intelectual, dá el primer paso, indicando el camino que debia seguir la *novela* caballeresca, sometién-dola al fin intencional y práctico que habia procurado realizar

¹ El renombrado Juan de Valdés en su *Diálogo de las Lenguas*, no solamente lo considera como á los refranes, cual monumento de gran precio en la historia del habla castellana, sino que declara terminantemente «que deben leerla todos los que quieran aprender nuestra lengua» (*Mayans Orígenes de la leng. cast.*, t. II, pág. 163). «Espejo de la gramática española y modelo del decir» fué tambien apellidado (ed. de Venecia, 1533) durante el siglo de oro de nuestra literatura; elogio que no ha desmerecido despues, y confirmó la Real Academia de la Lengua, designándole como una de las autoridades de su gran *Diccionario*. Justo es decir que el aplauso de los doctos coloca á Montalvo entre los primeros hablistas, ya que no podamos adjudicarle la gloria que concedió Torcuato Tasso al autor primitivo del *Amadís*, declarando que era esta historia la más hermosa y útil de cuantas existian en su clase (*Apol. della Gierusal. Liber.*). Ginguené y otros escritores modernos la califican de brillante é interesante fábula.

hasta aquella sazón el *apólogo* ¹. Las versiones, ó mejor dicho, las refundiciones de los libros bretones y carlowingios y aun de aquella tercer raza de caballeros, que personifica el valerosísimo Esmere en el *Fermoso cuento del emperador Ottas*, indican que el anhelo de la posesión cunde y se generaliza, como se extiende y arraiga entre los eruditos el afán de nuevas conquistas literarias, y preparan el terreno á más propio cultivo. La aparición del *Amadís de Gaula*, obra levantada con los despojos de extraños monumentos, trabados entre sí con los lazos de las creencias y de las costumbres de nuestros mayores, fija por último el momento de aquella singular aspiración; fenómeno que precipita el estado político de la Península Ibérica y favorecen al par el desarrollo, á que había llegado fuera la literatura caballeresca ² y los notabilísimos progresos hechos por la española.

¹ Véase el tomo anterior, en que estudiamos el completo desarrollo de esta forma.

² Digno es de notarse que al propio tiempo que recibía incremento en nuestra literatura la idea romanesca, representada por los libros de caballerías, trascendía también á otras naciones, tomando cuerpo en la italiana con repetidas traducciones, consideradas hoy como otros tantos monumentos de aquella rica lengua. Tales son *I Reali di Francia*, *Bouvo d'Antona*, *la Spagna* y *la Regina Aneroja*, libros en que se emplean las formas de prosa y metro, y que en sentir de respetados historiadores pertenecen á la primera mitad del siglo XIV. Mediado ya este, reciben cierta consagración erudita todas estas ficciones con la autoridad que les comunica Juan de Boccaccio, al escribir *El Filocopo*, *El Constante* y *la Fiammeta*, preparando así la época de los Pulci y los Bello, precursora de la más gloriosa de Boyardo y de Ariosto. Conveniente nos parece advertir que al estudiar estos poemas, hallamos frecuentes rasgos que pudieron ser imitados del libro de *Amadís*, si ya no reconocen el mismo origen. Pulci, por ejemplo, en su *Morgante Maggiore* y Boyardo en su *Orlando Inamorato* hacen pelear á Roldán y Reinaldo, que se hallan fortuitamente en medio de sus aventuras: en el primer caso se separan, conociéndose; en el segundo se interpone Angélica para libentar á Reinaldo, como liberta Urganda, la Desconocida, al joven Galaor, cuando mide este sus armas con las incontrastables de Amadís; siendo en uno y otro caso muy semejantes la situación y en el segundo idéntica (Véase el cap. XXII del lib. I, y en los poemas citados los cantos XXVII y XX).

Que estos progresos no se limitan al mediar del siglo XIV á las ficciones de la caballería, queda ya asentado en el anterior capítulo: estudiemos, pues, en el siguiente la forma en que se insinúan en la esfera de las letras y las contradicciones que experimentan en el tradicional respeto de los doctos.